

PUBLICACIONES *Cinema*

*Olgotzschowa
y
Karl Diehl
en*

50
CENTIMOS



EL CAPITAN OSTALI

El Capitán Costali

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

INTERPRETADA POR

Olga Tschechowa

Karl Diehl

DIRIGIDA POR

HANS H. ZERLETT



PELICULA DISTRIBUIDA

POR

HISPANO-ITALO-ALEMAN-FILMS

EL CAPITAN COSTALI

El día en que fué condenado a muerte el capitán Costali la rica y hermosa señora doña Antonia de Alvarez cambió toda su servidumbre y abandonó con ella la capital para irse a vivir a una hermosa finca, que había adquirido recientemente en las afueras a bastante distancia.

Eran días borrascosos en la política de la pequeña república contra-americana. El general Gonza con las tropas que le eran adictas había derribado al gobierno mediante un golpe de fuerza. Desde hacía tiempo una gran parte de la opinión venía señalando al general Gonza como el más indicado para terminar con la política de ambiciones y corrupción que imperaba en las esferas ministeriales. Era el general hombre de puño duro y de probado prestigio militar. El gobierno le temía y preparaba un pretexto para proceder contra él, ya que abiertamente no se atrevía a hacerlo por la aureola que le rodeaba desde que había llevado a las tropas nacionales a la victoria en la última guerra contra dos vecinas repúblicas coalgadas. Alegando que el general preparaba

una sublevación próxima a estallar, el gobierno declaró el estado de guerra y ordenó la detención del presunto cabecilla. Pero el general estaba preparado, arangó a sus tropas y después de varios días de lucha la victoria se decidió a su favor y quedó proclamado jefe del Estado. El triunfo en la capital fue relativamente fácil pero en algunas provincias lejanas la resistencia de los gubernamentales duró más tiempo y hasta volvió de manera peligrosa, cuando ya se le creía vencida. Esto fue el caso del Capitán Costall que a los dos meses de instalado el nuevo régimen logró sublevar una guarnición, aunque fue prontamente reducido y hecho prisionero.

El capitán Costall esperaba de ser condenado a muerte por el Tribunal Marcial Superior. Recusó el capitán con pausada serenidad.

—¿Tiene usted algo que alegar? — le preguntó el Presidente cuando terminó de leerla.

—Nada—respondió el capitán.—Espero que todo termine bien.

A nadie extrañó esta frase un poco enigmática del condenado a muerte. Podía referirse a la esperanza de un indulto presidencial. Pero aunque a los jueces les hubiera extrañado, no tuvieron tiempo de reflexionar sobre ella, porque en el mismo momento una piedra lanzada desde la calle rompió la artística vidriera de figuras simbólicas detrás de la Presidencia, y todos los aristócratas vinieron a caer con gran estrépito sobre la cabeza de los magistrados... Echó a correr sin titubear en la dirección que había de seguir después que traspasó la puerta. Sabía sin duda adónde iba...

Detrás del edificio cerca de la fachada opuesta a la de la vidriera rota había un coche con el motor en marcha. Estaba un hombre en el volante y otro a pie cerca de la portezuela abierta. Llegó Costall corriendo y montó en el coche. El de a pie montó también y el automóvil arrancó a toda velocidad.

Había ocurrido todo en pocos momentos. Cuando llegaron los coches de la policía motorizada, el que conducía a Costall estaba ya muy lejos. Podría asegurarse que

la persecución no daría por el momento ningún resultado.

Reguestos enfrente los jueces del suceso sufrido recogieron del suelo la piedra, que había roto los cristales. No era una piedra; era una bola de billar en cuya superficie blanca se leían estas palabras, escritas en tinta negra:

"Todo ha terminado bien".

Al leerlos se acordaron los jueces de aquellas otras palabras enigmáticas que el procesado acababa de pronunciar cuando la vidriera cayó rota y en seguida dedujeron, con su alta sabiduría de juristas, que se trataba de un complot bien fraguado.

También pudo parecerles un poco sospechosa la extremada diligencia con que los soldados de la guardia se lanzaron en persecución de los que maltrataban los cristales, dejando mientras tanto sin custodia al procesado dentro de la sala.

II

La finca de Doña Antonia estaba situada al borde de la carretera principal. El edificio blanco, de estilo colonial español se levantaba a la media falda de una pequeña colina cubierta de vegetación exuberante. Su aspecto externo era verdaderamente señorial, se dejaba suponer el lujo y la magnificencia que interiormente estaba adornado. La propietaria, mujer del gran mundo, muy bien relacionada en la sociedad elegante de la capital, se proponía seguir dando en la finca frecuentes recepciones a sus amistades.

Era Doña Antonia viuda de un rico negociante de gran edad, que se casó con ella doblandole la edad, y cuando a los pocos años tuvo la buena idea de morir, la dejó libre y dueña de fortuna crecidísima con sus treinta años espléndidos, que eran otra fortuna. La una y la otra tuvieron en seguida muchos codiciosos, porque las riquezas de Doña Antonia eran muchas, su belleza tri-

lla en el mejor punto de sazón era por sí misma suficiente para traer la cabeza a un gran número de adoradores dispuestos a perder su libertad en cuanto ella lo quisiera.

Pero tampoco andaba Doña Antonia escasa de ingenio y con muy sentidas razones contenía los impetus de los más fogosos.

—Tiene usted mala intención — solía decirles — Déjeme disfrutar un poco de mi vida de soltera. Sí, sí, de soltera, ya sé lo que digo. Yo me casé cuando no era más que una niña y es ahora cuando ambo de entrar a mi juventud. Hace cuatro días, total. Tengo derecho a pedir que se me permita esperar un poco.

Y si algunas de sus amigas, con buena o mala intención, mostraba su extrañeza porque doña Antonia no diera la menor esperanza a ninguno de los muchos que por ella aspiraban de modo tan notorio, la bella criolla contestaba con su buen donaire.

—Esa es precisamente lo que me halaga más: verme querida y solicitada. Para dar a uno la esperanza, tendrían que quitársela a muchos. Mayor crueldad sería esa.

Y sin embargo, a la vista estaba que no era doña Antonia una de esas bellezas frías que mandan a su cortejón con la misma facilidad que a su doncella.

Los ojos cargados de pasión y aquella blancura mate de su piel hablaban bien claro de un fuego interior a tono con la naturaleza exuberante y encendida, que la rodeaba. A pesar de todo, su discreción era tanta que los amigos más cercanos, tardaron mucho en darse cuenta de las relaciones íntimas que a doña Antonia llegaban con el capitán Costall.

Por eso no pudo extrañar a los que tal sabían que al caer prisionero el capitán, se marchara doña Antonia a vivir retirada por algún tiempo en su finca campesina. Ni siquiera quiso llevarse al campo a su servidumbre de la capital. El nuevo mayordomo entró en la casa el mismo día que fue condenado a muerte el capitán Costall. Se estaba vistiendo para ser presentado a los criados cuando entró doña Antonia en su habitación.

No tenía el mayordomo tantos años como los que exigía la respetabilidad de su cargo; pero en cambio, se movía con mucha desenvoltura dentro de la casaca y su aspecto y sus maneras denotaban a primera vista que había tenido antes mejores oficios.

—Estás perfectamente transformado — le dijo doña Antonia en cuanto estuvo delante de él. — Casi me he puesto a dudar yo misma de que este grave mayordomo sea mi bello capitán.

—Y ahora por un motivo nuevo, tu rendido servidor — dijo él exagerando una reverencia.

Y como los dos se habían quedado sonriendo frente a frente, se originó con mucha naturalidad un beso, que tuvo que ser rápido y hasta un poco furtivo, porque él no era ya más que el mayordomo y la servidumbre estaba imperando abajo a que su jefe les fuera presentado por la señora.

Una vez hecha la presentación con el ceremonial prescrito por el protocolo de las cocinas, llegó pronto la hora de gloriarse y el mayordomo empezó a ejercer sus funciones sirviendo a doña Antonia los platos que los criados traían.

—¿Mucho vinagre en la ensalada?

—Poco, el exceso pone agrio el humor.

—En el loggion no es mala una pequeña acritud.

Entraba en aquel momento un criado y doña Antonia se arrojó obligada a restablecer su autoridad.

—Tendrá usted que acostumbrarse, señor mayordomo, a no hacer observaciones.

—Procuraré no olvidarlo, señora.

—Ahora, tráiga usted de la biblioteca un libro interesante y léame unos capítulos.

—¿Interesante? ¿Y cómo podrá juzgar del interés si haberlo leído?

—Acaso por la encuadernación.

—Entonces como...

—¿Qué decía usted?

—Absolutamente nada. Es una mala costumbre que tengo de hablar a solas.

Iba hacia la biblioteca pero como el criado calla ya, retrocedió y se quedó sentado frente a doña Antonia.

—Quería decir que era ironía tuya sobre la encuadernación de los libros no es del todo justa. De las mujeres podría decir algunas otro tanto. Importa poco lo que tengan dentro, si el vestido es elegante.

—¿Lo dirías tú?

—De ti nunca. Además tú vienes con una elegancia más discreta cada día.

—De tu nueva encuadernación sí que puedo juzgar ya con entero conocimiento.

—¿Y cómo la encuentras?

—Impecable; más perfecta cada día. Ni las personas que te hayan tratado antes podrán reconocerte bajo tu disfraz. Esas canas en los sienes te dan un aspecto muy respetable y algunos años más.

—¿No crees que me haré también un poco interesante? Tu doncella se ha enamorado de mí.

—¿Blanca?

—Sí, Blanca. Tropieza en todos los muebles cuando me ve. Se ruboriza en cuanto la miro y ejecuta más órdenes como una automática.

—Has el favor de buscar cualquier pretexto, y ponerla en la calle mañana mismo.

—¡Pobrecilla! No haré eso. ¿Qué culpa tiene ella que ya sea un mayordomo de buena planta? Déjala. Para un caso de necesidad es bueno tener amigos en todas partes.

—Cualquier indiscreción con los criados puede perderte; no lo olvides. Es seguro que te buscan y te espían. Desde mañana tendrás otro nuevo peligro. Llegan a pasar aquí una temporada mi primita Delia y su hermano Carlos.

—¿Mandaré preparar la habitación de los niños?— preguntó Costall sonriendo.

—No son niños, aunque yo los trate con diminutivos cariñosos. Carlos es el famoso pintor Carlos Vigo y



... la extremada diligencia con que los soldados de la guardia ...



... estaba bailando en la pista central una pareja de bailes gitanos ...

Della no es niña tampoco, aunque sea una muchacha muy joven y soltera.

—Entonces, claro, es aun prematuro preparar el cuarto de los niños...

III

Al día siguiente llegaron Carlos y Della.

Carlos era un buen mozo, que tendría algún año más que doña Antonia de la que siempre había estado enamorado.

Della tenía una dulce ingenuidad, que su hermano podría copiar muy bien para pintar vírgenes muy rubias. Un retrato suyo colocado frente al lecho fué el primero que vió Della al entrar en su cuarto guiada por el mayordomo. Antonia había tenido la delicadeza de colocar allí aquel cuadro pintado por Carlos hacía algún tiempo. Della se puso a contemplarlo.

—No acabas de convencerte — dijo de pronto el mayordomo.

Della se volvió asombrada y no pudo menos de preguntarle:

—¿Por qué razón?

—El tono de la piel no está bien expresado. Es más suave en el original.

—¿Eso es una galantería?

—Podría serlo; pero no es más que una opinión. El diálogo quedó interrumpido por la presencia de Antonia, que acababa de entrar.

—¿Qué hablabais? — preguntó.

—A tu mayordomo no le satisface mi retrato.

Antonia, sin contestar a Della, llevó a Costall discretamente hacia la puerta y le dijo de modo que su prima lo oyera:

Della es hermana de un gran artista y no necesita que le dé nadie lecciones de pintura. Puede usted retirarse.

A doña Antonia no le había pasado inadvertido el efusivo saludo que desde el primer momento había producido en su prima la figura aristocrática de Costall.

—Tienes un mayordomo que es una joya, prima—dijo Della mientras se cambiaba por otra su ropa de viaje.

—¿Es lo único interesante que has observado al llegar?

—¿Qué quieres? Así de buenas a primeras es lo que más se ve. Un mayordomo que parece un marqués y que opina con tal seguridad en cuestiones de arte no se tiene en cualquiera.

Antonia no acababa de aceptar como sincero aquel tono variado que empleaba Della para hablar del mayordomo. Della ya sabía que no lo era, pero necesitaba enmascarar la impresión recibida. La prueba de ello es que cuando se acostó aquella noche, teniendo enfrente su retrato, no podía apartar de la imaginación la escena de la tarde. La recompuso cien veces y la alargó a su antojo. El sueño le cerraba ya las ojos, pero como el retrato estaba allí, tampoco se marchaba la imagen del mayordomo. Tuvo que volverse de espaldas y apagar la luz...

Sin embargo, Costall estaba en aquellas horas un poco lejos. Muchas noches, cuando todos en la casa dormían, el capitán acababa con cuidado su noche, que tenía en el garaje, y se dirigía al cabareé de la "Mariposa" en la capital. Aquella noche al entrar él, estaba bailando en la pista central una pareja de bailar gitanos. El pasó sin fijarse apenas en los bailarines y se fué derecho a un palco un poco en sombras, en el que se veía la silueta de otros dos hombres. Quedaron los tres sentados en torno a la mesita con unas botellas y conversaron animadamente un buen rato, sin atender mucho a lo que pasaba en la pista. No había terminado aún el programa cuando Costall salió.

A la mañana siguiente, como el mayordomo se había acostado tarde, se le pegaron un poco las sábanas. El pintor y Antonia había salido ya al campo con los pinceles y el caballete cuando él se levantó. Della, que también había dormido mal por causa del retrato de

su habitación apareció más tarde y se dispuso a tomar el desayuno en la fresca galería interior, entre cuyas columnas cabalgaban verdes docios de las plantas trepadoras. Se lo sirvió el mayordomo.

—Me voy a ahuirir mucho sola toda la mañana—dijo Della.

—Puede usted tirar al blanco—observó el mayordomo.

En el jardín había cuadro de tiro y buenas pistolas. Costall cargó una y se la entregó a Della, para que probara su puntería. Pero Della tenía los dedos demasiado finos y había de hacer mucha fuerza en el guillo para que el tiro saltara, sea lo que la puntería se le desviaba y los disparos pintaban en el cuadro verdaderas espirales.

El mayordomo se sonreía, mientras cargaba las pistolas, viendo a Della apretar con las dos manos, cuando no le bastaba una, para hacer salir el tiro. El alargó de pronto ambos brazos con una pistola en cada mano y disparando sucesivamente, hizo por dos veces diana.

Asustada Della por los disparos repentinos, y un poco humillada además, miró altaneramente al mayordomo y subió a su habitación sin decir una palabra.

Cuando doña Antonia estuvo de vuelta, Della la preguntó:

—¿Los mayordomos tienen obligación ahora de saber tirar con pistola?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque el tuyo tira muy bien. Parece que tampoco los deportes elegantes tienen secretos para él.

Doña Antonia ya no la pudo contestar, porque en aquel momento la avisaron que la esperaba una visita. Era el jefe de policía...

Desde que desapareció Costali, el jefe de policía señor Montefranca está dedicado exclusivamente a dar con el paradero del capitan.

Montefranca era hombre listo y desde el primer momento pensó que siendo Costali joven y amigo de aventuras, no dejaría de estar enamorado. ¿De quién? Encontrando a la mujer era fácil encontrar al hombre. Por ahí había que dirigir las pesquisas.

Los agentes de Montefranca averiguaron pronto que la mujer en el caso de Costali era doña Antonia. Montefranca se mostró radiante de satisfacción al saberlo porque se honraba además desde hacía tiempo con la amistad de la hermosa criolla y pensaba que ello haría más fáciles sus investigaciones. Supo también que ella había cambiado por aquellos días de residencia y de servidumbre. No había duda; por allí andaba el capitán.

El teniente entró en el despacho para darle otra buena noticia:

—En mi brigada — dijo — hay un motorista que ha servido en el mismo regimiento del capitán Costali y le conoce muy bien.

—Dígame que venga.

Cuando el motorista entró, Montefranca le presentó una fotografía, que era la de un grupo de oficiales.

—¿Quién de éstos es Costali?

El muchacho le señaló con el dedo sin titubear.

—Lo conoceré en seguida — dijo — por mucho que haya cambiado. Además tenía una costumbre...

—¿Cuál?

—Le gustaba mucho cantar la canción de Susana.

—¿La canción de Susana? No sé que canción es esa. Pero esa no es un indicio para reconocer a nadie. Una

canción... la canción de Susana la puede cantar quien quiera.

—Es que la cantaba de una manera especial. Al terminar hacía con la lengua tres chasquidos...

—A ver cómo. ¿Tú lo recuerdas?

El motorista tarareó:

Susana no es chica vana,

Susana da su querer

Sólo al que le da la gana.

Pero cuando viene él...

Y señaló al terminar unos chasquidos especiales acompañados a la música de la canción.

—Está bien — le dijo el jefe. — Desde este momento quedas a mi servicio.

Montefranca tomó su sombrero de paja panameña y con el nuevo chófer salió en dirección de la finca de doña Antonia.

Antes se detuvo en el estanco de Laforga, que elaboraba para él una marca de puros especiales. Los clientes que había en el establecimiento saludaron con respeto al jefe de policía.

—¿Tienes hechos mis cigarrillos de "La Habanera"? — preguntó a Laforga.

El estancero rebusó en su bolsillo interior hasta dar con una llavocita con la que abrió un pequeño armario, que tenía aspecto de cofre fuerte. Había dentro varias cajas de cigarrillos; cogió una de ellas, la examinó bien, para convencerse de que era aquella la que buscaba, y se la entregó al jefe de policía.

Montefranca le pagó con un billete de Banco y al despedirse entregó al estancero un gran cigarro que traía en el bolsillo superior de la americana.

—Toma — le dijo — es el último de la caja anterior. Fumátele a mi salud.

Dos indios que habían entrado a comprar cigarrillos baratos, se quedaron admirados del rasgo del policía y

uno de ellos no pudo menos de expresar en voz alta su admiración cuando salió él.

—Es la primera vez que veo a un cliente regalar cigarrillos al estancadero.

Leforma sonrió; pero no contestó nada.

Poco tiempo le costó a Montefranca llegar a la finca de doña Antonia. Su coche era potente y Pedro, el nuevo chofer, conducía bien.

Unos metros antes de llegar a la casa fingieron una avería en el motor. Entró Montefranca a pedir a doña Antonia que les permitiera recoger el coche en el garaje de la finca, para ver si podía repararse.

A esto obedeció el recado, que recibió doña Antonia, anunciándole la visita del jefe de policía.

—El caso es — dijo Montefranca después de explicar el motivo que le había hecho detenerse allí — que yo venía buscando por estas inmediaciones un lugar amable para pasar quince días de vacaciones que tengo, y se me ha estropeado el viaje.

El policía era hábil, pero doña Antonia no lo era menos.

—Si, usted cree que mi casa puede ser un lugar amable para sus vacaciones.

De sobra comprendía ella que era eso lo que Montefranca venía buscando. El dejar de hacerle el ofrecimiento hubiera sido revelar temor. Sin titubeco aceptó la oferta.

La resolución de doña Antonia desconcertó un poco a Montefranca, que acabó aceptando el ofrecimiento después de muchas excusas fingidas y elogios sinceros a la gentileza de gran señora de que en toda ocasión sabía dar pruebas la dueña de la casa.

X

La presencia del jefe de policía como uno de tantos invitados de la casa no tenía por qué extrañar a la servidumbre.

Antonia llamó a Costall y le puso en antecedentes de la novedad.

—Habrá que obstar con mucha prudencia — le dijo —. No me cabe duda de que ese hombre sospecha que tú estás en mi casa.

—De todos modos debes evitar las continuas indiscreciones. Della ha creído ya ver en ti algo de lo que eres. Podría ocurrirle lo mismo a Montefranca.

Se quedó el capitán un poco pensativo, pero en seguida afirmó con decisión:

—Has hecho muy bien en ofrecerle la casa. Me gusta una situación tan original. Veremos lo que ocurre.

La primera vez que Costall y Montefranca se vieron frente a frente fue aquella misma tarde cuando el policía salió de su habitación y el capitán cruzaba delante de ella. Montefranca se quedó mirándole fijamente. Podía ser porque algo le llamara en él la atención o que le mirara igual que a las demás personas de la casa con el deseo de descenar en alguna la que iba buscando. Pero la mirada fue atentemente como para turbar a cualquiera menos sereno que Costall.

A la mirada del policía contestó este sin retraer el rostro, con una reverencia muy cumplida de servidor, que acabó fue suficiente para disipar la duda de Montefranca, al es que alguna había concebido.

Costall quedó seguro de que el policía no le había conocido. Es admisible que estaba bien disfrazado, porque tampoco a primera vista pudo reconocerle el chofer

Pedro, que alojado entre la servidumbre procuraba ayudar a las investigaciones de su jefe.

Costall salió aquella noche como tantas otras cuando todos se habían retirado, a entrevistarse con aquellos amigos del cabaret "La Mariposa". Delia que estaba mirando a la luna desde su ventana, vio pasar la moto a toda velocidad sin que lograra reconocer al que montaba. Fuera quien fuera, no pudo menos de extrañarla que alguien saliera de casa de aquel modo a horas tan altas de la noche. Corrió al cuarto de su prima y llamó suavemente con los nudillos de la mano.

—¿Ahí ¿Eres tú? — preguntó doña Antonia un poco sorprendida viendo entrar a la joven.

—¿Quién podía ser a estas horas más que yo? — contestó Delia de un modo muy ingenuo pero con intención un poco alarvesada.

Doña Antonia no la recogió y como estaba ya en el lecho, sentóse Delia sobre él y preguntó a su prima:

—¿Quién es el que tiene moto en esta casa?

—Creo que el mayordomo tiene una.

—¿El mayordomo, siempre el mayordomo! ¿Un mayordomo que tiene moto, que opina sobre arte, que tira a pistola como un maestro...! ¿Qué mayordomo es éste?

—El mío, prima.

—¿No te extraña a ti nada en este mayordomo?

—Nada. El que tenga todas esas perfecciones, que tú vez en él, me satisface lejos de causarme extrañeza o desagrado. Acaso tú misma no hubieras reparado en él si el fuera más viejo.

—No seas maliciosa, prima. Estoy hablando con toda seriedad.

—Y yo también. Acaso la primera en maliciar fuiste tú. Andas pensativa, chiquilla. ¿Quieres decirme lo que te pasa?

—No sabría explicarlo... Pero siento que hay un mis-

terio en torno mío. Ese mayordomo, que pasa de noche en motocicleta... Un jefe de policía que se invita a pasar una temporada en tu casa...

—No te preocupes esas cosas, Delia. Son tantitas que tú te lasijas. Eres demasiado sensible. No ocurre nada, te lo aseguro. Nada tonto.

—No es por mí por quien temo. Es por ti. Me parece como si un peligro te amenazara.

—No me amenazas ni nada ni nada. Estoy nerviosa. No tengas cuidado de mí. Cuida más bien de ti, de tus nervios, de tu corazón...

—¿De mi corazón también?

—Sí, también de tu corazón. No quieras saber demasiado. No te dejes interesar por cosas que no deben interesarte.

Antonia, con su instinto de mujer, veía el peligro que corría su amor si Delia, más joven que ella, seguía interesándose de aquella manera por el mayordomo y lograba descubrir en él la otra personalidad que ya adivinaba. No temía únicamente por su amor en peligro, temía también por la seguridad de Costall.

Delia se retiró a su habitación pensando en las últimas palabras que le había dicho su prima. Aquellas palabras le descubrían algo que ella sentía ya sin querer confesárselo a sí misma. Estaba enamorada irremisiblemente del mayordomo. Hasta su prima lo había notado y se lo había hecho notar a ella bien claramente: "¡Cuida de tu corazón! ¡No te intereses por las cosas que no deben interesarte!" Pero esto podía tener dos interpretaciones: "¡No está bien que una señorita se enamore de un criado!" O esta otra: "¡No te ocupes de descubrir un misterio, que a mí sola me incumba!" Delia se inclinaba más por esta última. Para ella era ya indudable que la verdadera personalidad del mayordomo no era la que en la casa representaba. ¿Quién era aquel hombre? En lugar de aquietarse sus ansias de saber, se exacerbaban más después de la conversación que acababa de tener con su prima. Durmió mal aquella noche, porque en cuanto se metió en el lecho, se puso a hacer

conjeturas sobre la salida del mayordomo en la motocicleta a horas tan avanzadas de la noche. Hizo muchas, a cual más absurda, y las iba desechando una por una. Acabó pensando que lo mejor sería preguntárselo a él. Sólo así logró dormirse ya de madrugada.

VI

Della desayunó a la mañana siguiente en la galería cubierta de plantas trepadoras. Después de terminar se levantó repentinamente y poniéndose delante de Costall, le preguntó:

—¿Me permite una observación, señor mayordomo?

—Estoy dispuesto a recibir muy bien todas las que usted me haga.

—Si mi prima supiera que sale usted de casa por las noches en una motocicleta, ¿era usted que le agradecería?

—Esa... perdóneme la señorita — sería más fácil saberlo preguntándole a su prima.

—Sin embargo, he preferido preguntárselo a usted. ¿Qué me contesta?

—Contesto que, cuando a un mayordomo se le hace una pregunta de esa clase, se ve casi siempre obligado a inventar una mentira para justificar su escapatoria nocturna. Yo podría decir que salgo a ver a mi novia. ¿Le gustaría a usted esa mentira?

—No es muy original. Invente otra.

—¿Le agrada más la política?

—No entiendo gran cosa de política, pero soy partidaria acérrima del general por generoso y por valiente.

—En ese caso tampoco me queda el recurso de sentirme conspirador en las sombras. No podría conspirar contra el general siendo usted partidaria suya.

—Será mejor que hablemos con toda claridad, se lo ruego. Yo presento hoy muchos indicios que en esas sa-

lidas de usted hay algún misterio que me trae un poco inquieta. Quisiera evitar a mi prima cualquier disgusto.

—Sólo si usted el disgusto de su prima...

—También a usted se lo quisiera evitar, si es necesario.

Comprendió Della que tal vez sin darse cuenta, había dicho demasiado y bajó los ojos un poco ruborizada.

Costall la tuvo en aquel momento a merced suya. Vió cómo se le agitaba el pecho y le temblaban los labios... pero, acaso por respeto a su esposa de mayordomo, no hizo una cosa que coger una mano de Della y dejar en ella un beso.

Después se alejó hacia la cocina tarareando para disimular su canción favorita:

Susana no es chica vana,
Susana da su querer
Sólo al que le da la gana.
Pero cuando viene él...

Aquella misma tarde el pintor estaba trabajando en el jardín cuando Della y Antonia regresaron de dar un paseo. Mientras Della fué a cambiarse de ropa, Antonia se quedó hablando con Carlos.

—¿Trabajas mucho? — preguntó Antonia.

—Me entretengo dibujando mis pensamientos sobre las hojas de este álbum.

—¿Se pueden ver tus pensamientos?

—Ahí están, con tipos.

Abrió Antonia el álbum y en todas las hojas estaba dibujado su rostro.

—Es maravilloso — exclamó. — ¿Y haces de memoria estos apuntes?

—No me hace falta que esté delante de mí para ver a todas horas.

—¿Me quedo con el álbum?

—Para regalárselo lo dibujé.

—¿Pobre Carlos! ¿Cuánto me quieres! Yo también te

hubiera querido todo lo que mereces si cuando tú gustas no hubiera estado ya otro en mi corazón. ¿No lo sabes con saber eso?

—Si eso me bastara, sería que no te amaba tanto como te amo. Pero hace tiempo que me resigné ya a que tu amor no fuese mío.

La conversación quedó interrumpida, porque Delta bajaba ya de su cuarto. Bajó también Montefrancia al notar desde el arroyo que había animación en el jardín. Propuso Antonia subir a la galería y bailar un rato. Bailaron primeramente Antonia con Montefrancia y Delta con su hermano. Luego se cambiaron las parejas. El mayordomo iba poniendo los discos en el gramófono. Cuando las parejas pasaban cerca de él, Antonia sonreía a Costall, por efecto del nombre de su bailarín, con ojos apasionados. Delta le miraba un momento y bajaba los ojos. Y era cosa notable: cualquiera hubiera pensado que el mayordomo no tenía en aquella reunión de personas un papel mucho más importante que el gramófono en el que ponía los discos. Y sin embargo, era su figura el eje en torno al cual giraban las otras aun en el sentido estricto de la palabra.

Durante el baile en que Montefrancia llevó de pareja a Antonia, la pidió tener con ella una conferencia reservada. Aquella misma tarde en el lugar que quisiera designarle. Conviniéron en que después del baile Antonia iría a la biblioteca y que allí podría encontrarla él. El que consideraran los dos en la biblioteca para buscar un libro a nadie podía inspirarle el menor recelo.

Sin embargo, a Costall, que lo perla de vista al policía, no le pasó inadvertida la maniobra. Acaso la misma Antonia le puso en antecedentes. La biblioteca tenía a lo largo de las paredes un corredor lleno de anaqueles de libros. Detrás de los anaqueles, que eran abiertos por delante y por detrás, corría otro pasillo exterior, que facilitaba la limpieza de los libros. En este pasillo exterior, desde el que cualquiera podía ver, sin ser visto, el salón de la biblioteca se ocultó el capi-

tán para oír lo que Montefrancia iba a decir a doña Antonia.

Y lo que oyó Costall después de otras cosas sin importancia fué lo siguiente:

—Quiero expresarle a usted — decía Montefrancia — mi agradecimiento por su amable hospitalidad. Mañana terminan mis vacaciones.

—Dijo usted que eran quince días.

—Ese es el plazo que yo consideraba suficiente para encontrar a Costall, el es que estaba en su casa.

—¿Pudo usted suponerlo?

—Lo pude suponer, porque el amor es ciego.

—Por muy ciego que sea, había de comprender el capdán — y yo también — que a mi casa vendrían obligadamente a buscarle. Era el lugar mejor indicado para ocultarse.

—Precisamente por eso pudo elegirlo él.

—Pero, usted ya ha visto que no está aquí.

—He visto que no está en su casa. Lo cual me quise decir que usted no sepa dónde está.

—Por el mismo motivo que el capitán no escogió mal casa para ocultarse habrá querido que no sepa yo dónde se encuentra. Es una delidad más que tengo que agradecerle, pues de ese modo nunca podrán acusarme de complicidad.

—Lo admito. No sería yo todo lo galante que usted se merece, si pusiera en duda sus palabras. No sabe usted dónde está Costall. Bien... Puede saberlo, si se lo propone...

—Perdóneme, señor Montefrancia. ¡Ahora sí que poco usted de poco galante! El capitán no quiso hacernos su cómplice y usted quisiera...

—No me ha dejado usted acabar de explicarme. Me es una complicidad la que a usted le propongo. Yo quisiera hablar con el capitán. Eso es todo.

—¿Hablar...?

—Hablar a solas con él unos momentos.

Antonia se quedó un poco vacilante, sin acertar a entender lo que Montefrancia quería decir.

Hubo otra pausa de indecisión por parte de Antonia y de expectación por parte del policía.

—¿Y dejaría usted a la puerta — preguntó — su personalidad de policía?

—Me parece que ha entendido usted.

—¡Oh Montefrancia! — exclamó ella. — ¡Cuanto lamenta no saber dónde se encuentra Costall!

La negativa fue tan firme dentro de su forma correcta, que a Montefrancia no le quedó otro remedio que despedirse restando el anuncio de su partida para el día siguiente, convencido de que por medio de doña Antonia no lograría llegar hasta el capitán.

Ella en cambio, salió de la entrevista llena de perplejidades. ¿Para qué pretendía Montefrancia hablar de hombre a hombre con el capitán? ¿Era sincera su actitud cuando lo decía? Le costaba a Antonia creer que el policía trataba de engañarla de aquella forma tan grosera para detener a Costall. Pero si no era para eso, ¿para qué otra cosa quería Montefrancia verle?

Costall había seguido toda la conversación sin moverse de su escondite. Al salir de él y dar la vuelta en uno de los ángulos del pasillo se encontró frente a Della.

—¿Le gusta a usted, señorita — preguntó él sonriendo — escuchar conversaciones detrás de las puertas?

—Algunas sí, capitán Costall.

El capitán se quedó sorprendido de aquella contestación inesperada.

—¿Sabe usted lo que dice?

—Antes lo sospechaba nada más. Ahora ya no lo dudo.

—Ha hecho usted mal en escuchar.

—Necesitaba saber.

—Para denunciarme.

—Nunca he pensado hacer eso.

—Me dijo usted un día que era partidaria entusiasta del general.

—Ahora sólo se trata de usted. ¡Y de Antonia! Ella

hizo mal en ocultarme quién era usted... y que la amaba.

—¿Y usted, Della, — preguntó Costall apretando entre las auyas una mano de la joven — no oculta nunca lo que siente?

—Ya ha visto usted que no sé hacerlo.

—Yo sí. Espere usted un poco, Della. Presiento que algo se avecina. ¿Podré contar con usted, si alguna vez la necesitara?

—Tendría gran placer en ayudarla.

Los dos jóvenes se despidieron estrechándose tiernamente la mano. Y Costall se alejó tarareando, como siempre que estaba de buen humor, su canción favorita:

Susana no es chica vana,
Susana da su querer
Sólo al que le da la gana.
Pero cuando viene él...

Y como en aquel momento iba a entrar en su cuarto, se acompañó los tres chasquidos finales pulsando la manecilla de la puerta.

El chófer, que subía del garaje, oyó desde la escalera que alguien cantaba la canción del capitán. Subió las escaleras de dos en dos para llegar a tiempo de ver quién era. Se quedó boquiabierto cuando lo vio...

—¡Costall está aquí! — dijo entrando de golpe en la habitación de Montefrancia.

—¿Qué dice? ¿Tú le has visto?

—Acabo de verlo. ¿Y cómo no le habré visto antes?

Susana no es chica vana,
Susana da su querer
Sólo al que le da la gana.
Pero cuando viene él...

—Sí, sí, ¡era él!—continuó después de tararear la canción.— Mira la voz del capitán. Y luego los tres golpes —¡clac!, ¡clac!, ¡clac!—nadie los daba más que él de aquella manera.

—¿Pero dónde te has visto? ¿Quién es él?—preguntó Montefrancia impaciente.

—¡El mayordomo!

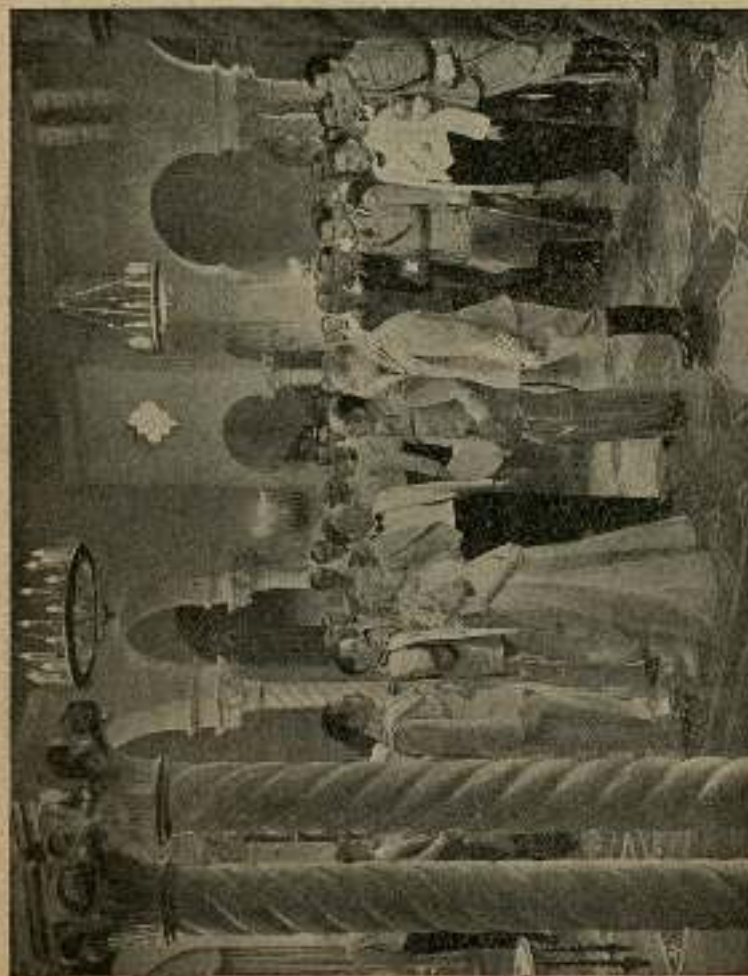
Aquella noche, durante la cena, se habló del baile que la dueña de la casa proyectaba para el día siguiente y al que habían de asistir muchos de sus amigos de la capital. El jefe de policía, aprovechando aquel pretexto, anunció que, aunque tenía preparada su marcha, la retrasaría un día más, para tener el gusto de asistir al baile.

VII

Entrada ya la noche, empezaron a llegar los invitados al baile. Los magníficos salones de la planta baja estaban adornados de flores y plantas tropicales. Varios ventiladores disimulados entre el follaje mantenían el aire fresco y movían en él el perfume de las flores. Iba llegando todo lo más distinguido de la sociedad elegante y Costall, cerca de la entrada, con un imponente uniforme que le daba aspecto de mariscal, recibía a los invitados. En el salón había ya muchas damas elegantes y bellísimas señoritas destaburcadas en sus ricos vestidos de noche. Pero Montefrancia, hombre galante, no tenía aquella noche ojos para mirarlos. Toda su atención la tenía puesta en el mayordomo.

No dejó Costall de observar las miradas insistentes del policía y ellas le hicieron recordar la conversación que había tenido en la biblioteca con Antonia. ¿Sería posible que Montefrancia fuera sincero cuando solicitaba tener con él una conversación neutral? De estas reflexiones le sacó una llamada que con disgusto le hizo Antonia desde el fondo del salón. Apresuradamente le dijo:





El capitán trajo a Delia de la mano y le hizo la presentación.

—Me avisan los criados que ha llegado un coche de policías. Sospecho que están acorralando la casa. Huya en seguida.

—¡Adiós, Antonia!—dijo él, despidiéndose.

Pero en lugar de marcharse inmediatamente—lo que podía haber despertado el ruido del policía—se volvió a su puesto con mucha tranquilidad y no se movió de allí hasta que acabaron de entrar los invitados. Entonces dio una vuelta por el buffet examinando el servicio que preparaban los criados y luego desapareció sin prisas.

No hará falta decir que Costall, una vez fuera del salón, corrió a su cuarto a quitarse el uniforme. Después bajó al garaje. Altravés ya con la motocicleta la puerta de éste, cuando vio que a la entrada de la finca había dos soldados que le obstaculaban el paso. No tuvo más remedio que volver atrás...

¿Por qué se le ocurrió en último extremo subir a la habitación de Montefrancia? Alguna razón poderosa tendría porque de otro modo lo que iba a hacer era bastante incorrecto. Buscó entre los papeles y en la ropa del policía. Encontró unas llaves. Eran de las maletas. Las abrió y revolvó en ellas, sin encontrar nada de lo que parecía buscar. En una de las maletas, había una caja de puros, de aquellos puros que, según había oído decir muchas veces al policía, fabricaba para él expresamente el estancquero Laforja. Sólo le faltaba examinar aquella caja. Siempre le habían chocado los puros tan gruesos que fumaba Montefrancia. Cogió uno y observó que pesaba poco para el tamaño que tenía. Tanto otros y pesaban más. Era indudable que los había de dos clases en la misma caja. Miró al trasluz el que pesaba menos. No era un puro probablemente. Debajo de la caja, quitándola con cuidado, vio una ranura que la dividía en dos mitades. Tiró de ellas y el cigarro se abrió como una caja que tenía dentro un papel enrollado. Uno por uno los fue examinando y de todos los que estaban huecos sacó el papel que contenían. Luego se marchó, sin que pareciera preocuparle el desorden en que dejaba el cuarto de Montefrancia.

Entretanto la fiesta en el salón continuaba animadísima.

ma. A excepción de la dueña de la casa nadie se había dado cuenta de las fuerzas que llegaban y se iban apostando en las inmediaciones de la finca. Nadie vio tampoco a una mujer, que salía de la casa cubriéndose con un ligero abrigo su vestido de noche. Los soldados que estaban de guardia en el jardín le cerraron el paso:

—Tenemos orden de no dejar salir a nadie todavía.

—¿A una señora tampoco?

—Espere usted un momento aquí.

Uno de los soldados fué a consultar al jefe de la fuerza.

—Hay en la puerta una señora que quiere salir ya.

—Si es una mujer y va sola.

Volvio el soldado y le dejó el paso franco.

La misteriosa mujer, que abandonaba la fiesta apenas iniciada, montó en uno de los muchos coches que había a la puerta y dió al conductor las señas del cabaret "La Maripean".

Al llegar al cabaret entró resueltamente y se dirigió al palco donde solían estar otras noches los dos amigos de capitán Costali. Allí estaban también esta noche. Habló con ellos en la penumbra sin acabar de sentarse y los tres salieron apresuradamente del cabaret. El coche, que esperaba a la puerta, los llevó a toda velocidad en una dirección, que no era precisamente la que había traído.

Puesto que le hemos perdido de vista entre las calles de la ciudad, volvamos a los salones de casa Antonia, que en aquel momento, cerca de la media noche, estaban en su mayor esplendor. Empezaban a correr los vinos dorados de España y los invitados daban muestra de la alegría que ellos comunican.

Antonia atendía a todos con su amabilidad exquisita, aun teniendo que vencer para ello la gran inquietud que la embargaba. Hacía ya buen rato que Costali había desaparecido del salón, que Montefranca, que no podía menos de haberlo observado, pareciera darle importancia. Antonia no perdía de vista al policía, observando con cautela todos sus movimientos.

Pero Montefranca estaba tranquilo. Por su chófer,

que iba y venía, sirviéndole de enlace, sabía que ningún hombre había salido de la casa. Y como la finca había quedado convenientemente acordonada, el jefe de policía se preparaba a dar el golpe espectacular con la captura de Costali.

VIII

Montefranca debió de quedarse de una pieza cuando el capitán Costali, vestido de uniforme militar, atravesó gallardamente el salón entre las miradas curiosas de los invitados, que juraban no haber visto en toda la noche a aquel oficial tan apuesto.

Montefranca sí que le había visto, aunque ello fuera dentro de otro uniforme, porque si bien ahora aparecía Costali notablemente rejuvenecido desde que Pedro le identificó en la persona del mayordomo no había dejado él de observarle y sus facciones se le habían quedado muy bien grabadas.

No había salido aún de su asombro, ni Antonia tampoco del suyo, cuando un agente de la guardia entró de prisa anunciando:

—¡El general! ¡Llega el general!

Se oyó el ruido de unos coches que se detenían dentro del jardín y en seguida el general Gómez, joven aún a pesar de su media calvicie prematura, penetró en el salón con paso resuelto, seguido de una pequeña escolta.

Los invitados abrieron ante él un círculo de respeto y doña Antonia se adelantó a hacerle los honores de la casa.

—Lamento, señora—dijo el general—, tener que interrumpir de este modo su fiesta, pero el interés de la nación lo exigía en este momento. Me atrevo, además, a pedirle que pague a disposición mía una habitación para

celebrar una entrevista con algunas de las personas que están presentes.

La duquesa de la casa indicó uno de los salones contiguos y el general ordenó:

—Que me sigan primeramente el capitán Costall y el jefe de policía, Montefranco. Pueden entrar también las demás personas que lo deseen, porque me complace que haya testigos de la escena que va a tener lugar.

Entraron casi todos los invitados, y, una vez cada cual hubo elegido su puesto delante del general, éste se dirigió al capitán Costall:

—Primeramente, capitán necesito ver esos papeles.

Costall le entregó varias cuartillas enrolladas en forma de canuto. Los leyó el general con avidez y su rostro reflejaba notable satisfacción mientras leía.

—Si no cabe duda; hemos dado con el secreto. Todo ha terminado bien.

Y luego, dirigiéndose a los que escuchaban, añadió:

—Ahora, señores, les debo a ustedes, cuya fiesta he venido a interrumpir tan ex abrupto, una explicación. Los que llevaron al país al borde de la ruina y al deshonor siguen trabajando en la sombra contra el régimen que ha puesto un dique a sus torpezas y a sus ambiciones. Notó mi Gobierno hace algún tiempo que nuestros enemigos se hallaban siempre tan al corriente de todos nuestros pasos y aun de nuestros proyectos que ello no sería posible, a menos que en el Gobierno mismo, o muy cerca de él, hubiera alguien que abusara de nuestra confianza, en provecho de los adversarios del régimen y de la nación.

Era preciso descifrar al traidor y fui yo mismo personalmente quien propuse al capitán Costall la estrategia que él ha llevado a cabo con el resultado más feliz. Se necesitaba la valentía para emprenderla. Había que ir a sublevar contra el Gobierno la guarnición de una provincia. El capitán Costall podía morir en el intento o en la lucha que seguiría con los fuerzas gubernamentales. Si tal cosa hubiera ocurrido, yo me hubiera encargado de rehabilitar su nombre. Lo demás ya lo sabéis:

El capitán sería prisionero, sería juzgado por el Tribunal Militar y después de escuchar mi sentencia de muerte, lograría fugarse ayudado por cómplices misteriosos. Era lógico que una vez fugado Costall, nuestros enemigos, que maniobraban en la sombra, tratarían de buscarlo y acorrasen a él como elemento valioso para su causa.

El general hizo aquí una pequeña pausa y continuó luego, dirigiéndose al jefe de policía:

—Ha sucedido como yo lo pensé, señor Montefranco. Estos papeles que tengo en la mano, encontrados genito de sus famosos cigarrillos especiales, me revelan que era usted el hombre que aprovechaba su puesto de confianza para trabajar contra mí y contra mi Gobierno, que se le había dado. Sus reiterados deseos de hablar confidencialmente con el capitán pusieron a éste sobre la pista de sus intenciones. Luego ha querido usted prenderse; pero era ya tarde... ¡Estaba usted descubierto!

Dió el general unas pasos y se acercó a Montefranco:

—¿Qué es lo que le movió a usted a conspirar contra quien tan generosamente le había tratado?

La policía, mi general — contestó Montefranco —. Hay demasiada calma y yo no puedo vivir sin política.

—Vas a tener ahora mucho tiempo para pensar en ella — contestó al general.

Luego dirigiéndose al jefe de su escolta, añadió:

—¡Queda detenido al jefe de policía, señor Montefranco!

Al salir los soldados con el detenido, el oficial que mandaba las fuerzas del exterior no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Fue Montefranco quien le llamó poco antes para detener a Costall. ¡Pero era Montefranco a quien tenía que llevar preso.

El general se detuvo unos momentos antes de marchar, en el salón de baile, hablando con Costall y con otros oficiales.

Muchas señoras aprovecharon la oportunidad para pedirle autógrafos.

Las señoras de edad, por el contrario, encontraron en lo sucedido un buen tema de murmuración.

—En mis tiempos—decía una—no corrían estas cosas en las recepciones.

—En sus tiempos—contestó Antonia—las recepciones eran muy aburridas, señora.

El general mostró deseos de conocer a la joven que se había atrevido a salir sola, atravesando el cordón de soldados, para ir a avisar en el cabaret a los dos oficiales amigos de Costall.

El capitán trujo a Della de la mano y le hizo la presentación:

—Es una entusiasta admiradora vuestra, mi general.

—Seguramente lo es también de tu valor, capitán. Por ti se arriesgó. Harás bien en ofrecerle el brazo para bailar este vals tan soñador que tocan ahora.

Con el permiso del general, los dos jóvenes se fueron enlazados, haciéndose, al compás de la música, promesas de amor eterno.

Después que el general se marchó seguido de su escolta, el baile siguió bien rato todavía con gran animación.

Para Antonia, menos que para nadie, habían pasado inadvertidas las miradas de amor que se cruzaban toda la noche entre Della y Costall. Se lo hizo notar a Carlos en un momento que los dos jóvenes habían salido a la galería para hablar bajo la luna.

—Míralos, Carlos. ¡Son felices!—le dijo al pintor.
—¿Su felicidad no le hace pensar en otra cosa?
—Me hace pensar que un cariño tan verdadero como el tuyo no es fácil encontrarlo. ¿Me amas todavía?

La respuesta de Carlos ya no pudo oírse, porque en aquel momento la orquesta empezó a preludiar el último baile de la noche y el pintor enlazó la cintura de Antonia para bailarles.

— FIN —

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
— 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
— 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
— 4. *La vida de la Bohemia*, por Martha Eggert y Jan Kiepura.
— 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
— 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
— 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
— 8. *La tumba india*, por La Jana.
— 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
— 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
— 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
— 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
— 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
— 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.

En preparación

- Morir con honor*, Buck Jones, Edward Keene y Fred Kohler.
Baile en el Metropol, Heinrich George y Heinz von Cleve.
La excéntrica, por May Rolson.
El poder invisible, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.

PUBLICACIONES CINEMA

APARTADO, 47

SAN SEBASTIAN

